

FARIDE ZERAN

Tiene 63 años, una voz profunda de hablar modulado como buen profesor fogueado en la cátedra, y a su extenso currículum de doctor en Filosofía y Letras titulado en Iowa, Estados Unidos, o de profesor visitante de literatura en las principales universidades norteamericanas, se une una obra sólida más centrada en el ensayo que en la ficción. Autor de un estudio sobre el **Libro del Buen Amor**, en 1967 su novela **Job-Boj** fue finalista del premio Biblioteca Breve de Seix Barral. En 1984 publicó **Diferencias latinoamericanas**, cuatro ensayos, y en 1991, **Contra el secreto profesional**, una lectura "mestiza" de César Vallejo. Es en este cuadro donde se inserta la obra reciente de este profesor de literatura, especialista en el Siglo de Oro español y el Medioevo. Porque **Ay Mamá Inés**, ganadora también del Premio Manuel Montt al mejor libro editado en los últimos cinco años en Chile, es no sólo una novela vigorosa centrada en la expedición de Valdivia e Inés de Suárez y que se lee con pasión. Es también una sólida invitación a indagar en los orígenes, en el lado indio de este país, y en todo aquello que a fuerza de ocultarse merece ser redescubierto. Esta es la conquista de Jorge Guzmán.

-Estamos ante un ensayista serio, entonces frente a esta novela cabe la pregunta: ¿cuánto de rigor histórico, de investigación, y cuánto de ficción?

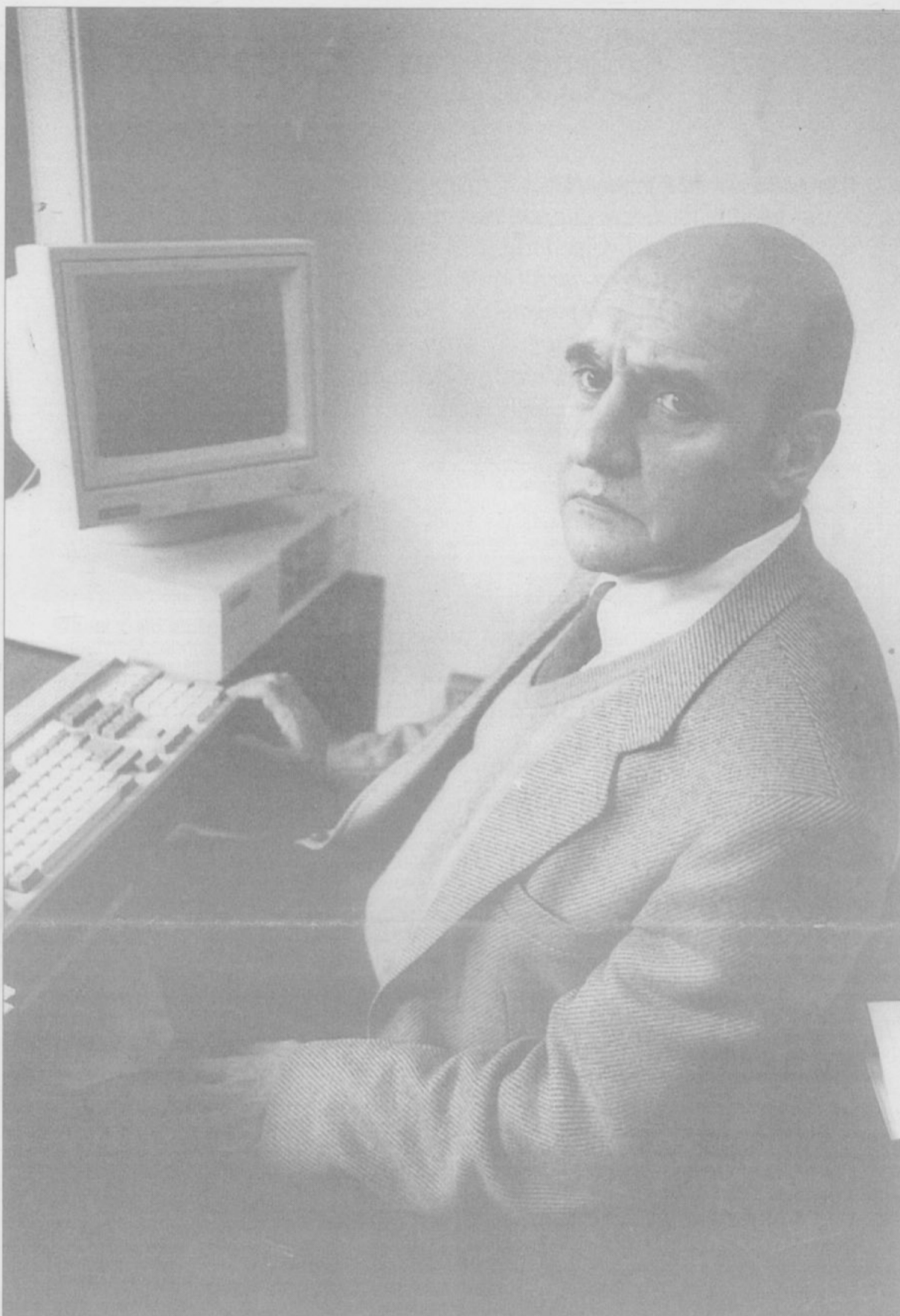
-Leí casi todos los libros acerca de Pedro de Valdivia. Desde las crónicas en adelante. Lo que pasa con esto es que todos los escritos son inseguros, y, naturalmente, éste es más inseguro que otros. Hay algunos anacronismos que cualquier historiador nota. Por ejemplo, no había carruajes en Lima en el momento de Pizarro; o, un personaje que aparece como encomendero del rey, en el norte de Chile, es posterior a cuando sale en el libro. En fin, hay una serie de anacronismos manifiestos tanto lingüísticos como de situaciones, pero éstas últimas son, en general, todas verdaderas. Algún historiador muestra, cita cosas, pero hay otros que muestran de otra manera.

-Sin duda, y entonces usted revela otra parte de la historia.

-Traté de poner la historia desde una óptica más chica. Yo no creo en las enormidades, creo que la historia es muy pequeña, y probar eso es una tendencia. La conciencia que tienen los autores de la historia de lo que están haciendo es completamente diferente de la que tienen los historiadores. Pero la mía es la conciencia de un novelista, y no de un historiador. De modo que tiene la inseguridad de todos los textos, hay voces inventadas, y además, ¿quién puede saber lo que pasaba realmente?

-Pero uno puede imaginárselo, después de leer su novela.

-Lo bueno es que, como decía Nietzsche, hay que inventar verdades, y las verdades le sirven a la comunidad en que



La conquista de Jorge Guzmán

Se llama Inés de Suárez y es la ficción montada en un caballo que galopa sobre la historia, como antes lo fue César Vallejo y era el ensayo escrutando en el mestizaje. En todo caso, ambas obras están unidas por su preocupación sobre los orígenes, por la reflexión de la historia, aquella que no es precisamente la que aparece en los textos oficiales. Así, el autor de **Ay Mamá Inés** (Andrés Bello, 1994), reciente Premio Municipal de Literatura por esta novela, anuncia su opción definitiva por una narrativa con contexto.

se producen.

-En relación a las verdades, en su libro hay una acerca del origen de este país, y tiene que ver con el mestizaje, que es su gran tema. Lo dice Inés de Suárez en su monólogo final.

-Es el origen de toda América, no sólo de Chile, pero en Chile y Argentina ese origen aparece espectacularmente digno de destacarse porque está oculto. Hay textos publicados por importantes chilenos donde se niegan a la idea de que hay mestizaje, y esto a pesar de que hoy uno de cada catorce chilenos es mapuche. ¡Imagine cuántos seremos los mezclados!.. Lo que ocurre en una sociedad mestiza como la chilena, donde además la forma física es menos distinguible de una forma física europea del sur, es que es muy fácil pasar, y entonces se produce una especie de inseguridad que consiste en que con ciertas marcas sociales se puede "ser blanco".

-¿Cómo así?

-Esto proviene desde el tiempo de los españoles. En el siglo XVIII el rey español vendía "blancura". Esto es inverosímil, y en cualquier país propiamente blanco o nórdico sería demasiado gracioso. De hecho, en Latinoamérica se vendía "blancura". Había mestizos que tenían preminencia social, habían enriquecido por ejemplo, y sin embargo, por las leyes de indias resultaban secundarios dentro de la sociedad. No podían acceder a ciertos puestos, no podían vestirse de cierta manera, no podían entrar a ciertas partes porque estaba prohibido para esta gente que tenía mezcla de razas. Pero estas personas, como se consideraban importantes socialmente, y tenían plata, le mandaban al rey Borbón una petición diciendo: "Mire, yo tengo dos parientes blancos y seis negros y tres rubios, me veo bien y soy importante socialmente en la comunidad. Tengo un fundo, crío ganado, tengo matanza de animales... ¿Por qué no me reconoce la blancura?". Y el rey mandaba un decreto que decía: "Que se tenga por blanco", y el tipo pagaba por eso. En toda Hispanoamérica la blancura está asociada a lo físico, pero también a la riqueza, cultura, importancia social. Nosotros estamos escapando del indio, haciéndonos o ricos, o cultos, o viajados.

-Ese "blanqueo" a que se refiere, también se puede ver en la literatura, concretamente la chilena, porque el tema del mestizaje de los orígenes, es bastante eludido. ¿Qué pasa allí?

-Aparece, le salen puntas por todas partes, pero solamente puntas. En verdad, donde más se nota es en **El viejo almendral**, el libro de Edwards. Allí se nota la división en castas, que se superpone a la división en dinero, o en cultura. Pero en general, es un tema esquivo, no nos gusta. Pongo como ejemplo el siglo XIX, y me encuentro con que el origen

de gran parte de los cultos populares es prohibido. La Virgen de Andacollo era celebrada orgiásticamente por el pueblo chileno. Es decir, orgías sexuales, de alcohol, de drogas, las drogas naturales, y fueron reprimidas violentamente por las autoridades eclesiásticas. Gran parte del país sentía que todas las festividades populares religiosas, incluidas las de San Pedro, la de Yumbel, y otras, eran orgiásticas, eran cosas de indios, y debían ser reprimidas. No se debía permitir que el indio tuviera esta manera de adorar. Hoy día he leído que en la última fiesta de La Tirana se prohibió que grupos que venían del lado quechua hicieran ritos a la pachamama dentro de las festividades de la Iglesia.

-¿Qué está pasando?

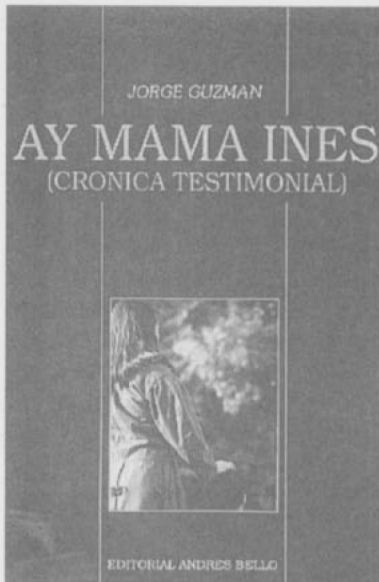
-Es que nosotros estamos demasiado cerca del indio. La cultura del indio está a la vuelta de la esquina y también está metida dentro de la casa. Entonces, el temor de caer en el otro lado, el lado "incorrecto" de la sociedad, es muy grande.

-Leyendo su libro, cabe la pregunta de si llegó el momento de la reflexión sobre los orígenes, en Chile.

-Exactamente. La izquierda siempre estuvo por el lado popular en festividades, en celebraciones, en cursos, en artes. El folclor ha sido mayormente defendido por la izquierda en toda Latinoamérica. Ahora, y de repente, la izquierda se encuentra con que no tiene prácticamente en qué pararse. La izquierda mundial está en crisis, el pensamiento izquierdista es un pensamiento muy delgadito, incluso en manos grandes como las de Jameson. Se está pensando con mucha justeza, como en el filo de un cuchillo. En este momento en Chile, empieza a aparecer la realidad bruta, la realidad no interpretada, y ésta incluye varias cosas bastante gordas que no se habían querido ver.

-¿Por ejemplo?

-No se había querido ver la representación de las mujeres en la historia latinoamericana, y que es bien grande. En Chile, aparecían unos ideales de unas señoritas rubias del siglo XIX cuyo único defecto extraño es que tenían un poquito de bocio, y eso era todo. Pero de repente resulta que no, que en el siglo XIX había unas mujerazas, y que en el siglo XVII había unas mujerazas... La otra parte, es que el indio está presente en todo. Está presente en la reflexión latinoamericana pero como una cosa soterrada, por el lado. Si se lee a un fanático de la blancura como era don Domingo Faustino Sarmiento, uno se da cuenta que veía al indio y el otro lado de la cultura, pero no quería verlo. En cambio, de repente ha aparecido que esta izquierda tiene que pensar en alguna realidad, y esta realidad incluye al indio, incluye al mestizo, incluye el hecho de que nosotros estamos formados por dos capas culturales. A mí no me interesa la mesticidad en el sentido genético. Aquí somos mestizos todos, es mestizo un señor que es puramente alemán, por génesis, y es mestizo también uno que es puramente indio. Y en



el medio todo lo que quiera poner.

-¿Y cuál es el origen de esta preocupación, de esta temática de Jorge Guzmán, profesor de literatura doctorado en Estados Unidos? ¿Cuáles son sus lecturas, sus fuentes? ¿Desde dónde se para?

-Yo me empecé a parar en una cosa: me fui a estudiar a Estados Unidos cuando era muy joven, y allí descubrí Latinoamérica, lo que le ha pasado a medio mundo. Desde Octavio Paz en adelante sabemos que la historia es ésa. Uno llega y se da cuenta que no es de ahí. ¿Por qué si siempre me he sentido blanco aquí yo soy "latín", no soy blanco? Y en los documentos oficiales hay un huequito que dice: white, black, latin, varios otros, asian or other. Bueno, yo me puse en "latín", naturalmente, pero cuando te dicen que en las regiones blancas del mundo, calvinistas y blancas, entienden que "latín" significa sureño, moreno, hablante de italiano, francés o español, se empieza a preguntar qué es lo que pasa, qué fue lo que me ocurrió, qué es lo que pasa con nuestra conciencia de nosotros mismos que nos vamos siendo blancos desde Latinoamérica, y aterrizamos siendo "latín" en otras partes. Este aterrizaje "latín" te hace pensar que ya estabas desfasado, porque los que hasta ayer, cuando tomaste el avión, eran tus iguales, ahora no funciona igual. Te pones a pensar qué diablos pasa con eso, porque los "latín" venimos de una mezcla entre europeos, indios y negros, y eso tiene que estar presente en la cultura. Y ahí empecé a descubrir, primero mi erotismo, que mi erotismo incluía componentes étnicos fuertes, y empecé a ver que el de los demás también, y lo mismo pasa en Argentina y lo mismo pasa en todas partes.

-Bueno, ese descubrimiento está en sus libros, por ejemplo, Contra el secreto profesional...

-Ocurre que yo leo a Vallejo como un mestizo pleno, asumiendo además, y esto le produjo irritación intolerable a un par de vellejanos famosos que hacen clases en universidades grandes de los Estados Unidos. Me dicen que sólo a Ferrari le ha gustado mi libro, pero Ferrari es peruano, y a uno que otro más, como a González Vigil, otro peruano. Pero a la mayor parte de los intelectuales norteamericanos les produce una inmensa irritación que

alguien pretenda pensar Latinoamérica desde Latinoamérica.

-Detengámonos en su Ay Mamá Inés, y en el lenguaje. Hay giros, hay vocablos del siglo XVI, hay una suerte de intento de crear un lenguaje particular, especial para la atmósfera de novela. ¿Cómo lo trabajó?

-Tenía una larga familiaridad con el Siglo de Oro, porque mi primera especialidad fue el Siglo de Oro y el Medioevo español. Es decir, mis temas amados eran Cervantes, Góngora, San Juan de la Cruz, el Arcipreste de Hita, La Celestina, El poema del Cid, de modo que esos eran mis cariños originales, y de alguna manera todavía tengo ese código. Aún leo con placer esos clásicos. Hice el experimento de leer bastante antes de escribir el libro, para que saliera un poco contagiado. Sobre todo La Celestina, que me gusta mucho.

-De allí que puso ese libro en manos de Valdivia, quien se lo comenta a Inés de Suárez.

-(Ríe) Es que fue un libro muy popular, y es muy posible que Valdivia, que era un hombre culto, lo conociera. Pero eso refleja mis amores, y no mis saberes sobre Valdivia, y quién sabe si alguna vez leyó o no esa famosa tragedia. Así fue como se hizo esa parte. Sin embargo, me alejé de los estudios de literatura española



después de 1973, cuando me di cuenta que nosotros éramos realmente diferentes de otras historias, y que no nos conocíamos muy bien. Esa es otra cosa y nos hace reflexionar de qué hemos hecho; por qué somos capaces de llevar la historia de esa manera.

-A propósito de historia, usted recrea un trozo de ella, cuando el cacique Michimalonco sítia con sus indios la ciudad de Santiago, e interviene Inés

de Suárez con un protagonismo particular al decidir la ejecución de los siete caciques prisioneros, lo que da vuelta la historia. ¿Fue así?

-Es simplemente un cambio de óptica, no se sabe exactamente cuál fue el papel de Inés de Suárez en la ejecución de los caciques. Ella ha sido tratada con ira por poetas de izquierda, incluido el propio Neruda que la encontraba una arpía espantosa que degollaba indios. No sé. No tengo una versión blanco y negro, creo que los españoles no pudieron hacer otra cosa que lo que hicieron. Mi simpatía está con los indios, pero la clave de la acción de Inés de Suárez en ese punto creo que la encontré en el libro del padre Rosales, donde cuenta que los indios eran extremadamente supersticiosos, o religiosos, y que parte de su religión incluía la adivinación por medio del arrojé de cabezas. Y me parece que la única explicación de por qué se fueron los indios tiene que haber sido porque al degollar a los caciques, quedaron mirando hacia donde era un mal presagio para los indios. Lo que está ahí presente es cultura, y esta mujer era brava, era capaz de combatir como tantas, y esta es una recreación con bases. No sé quién hubiera hecho otra cosa en medio del incendio de Santiago y corriendo el riesgo de muerte casi inmediata.

-Hablemos de la actualidad y del panorama de la literatura chilena hoy. ¿Qué opina sobre las múltiples publicaciones y voces que han surgido, fundamentalmente en la narrativa?

-Creo que eso se justifica, y pienso que el contexto para producir es doble. Por un lado, el contexto nacional, cultural, político del país, y por otro, el mundial, donde lo que está de moda es el posmodernismo. En algunos de sus aspectos me

carga el posmodernismo, pero creo que es una buena teoría, como dice Jameson, de la fase tardía del capitalismo. En esta fase resulta que no hay puntos de vista privilegiados, no hay estilos privilegiados, no hay narraciones maestras. Hoy uno puede pararse en cualquier punto de la cultura y de la historia y desde ahí hacer lo que le dé la gana.

-Pero no es su caso, porque detrás suyo hay un contexto y una intencionalidad.

-Me acojo al hecho de que me siento latinoamericano, y a una cierta cultura que la tengo por azar. Esta viene del Instituto Nacional, con toda esa cultura masónica y por ello bastante liberal. Me acojo además a una época en que los estudios literarios eran literatura española, y la latinoamericana era secundaria. Me acojo al éxito de la literatura latinoamericana que nos derramó por todo el continente y el mundo.

-¿Y qué opina sobre la narrativa chilena actual?

-La situación actual me parece óptima en el sentido de que cada uno hace lo que quiere, aunque a mí me parece que el deber del novelista es hacer consciente a su comunidad de lo que ella es, y que no quiere ver. Tengo todo el derecho a eso, como otras personas pueden tener el derecho de otra cosa. Por ejemplo, ahora estoy escribiendo unos cuentos eróticos que de alguna manera también están vinculados a la historia de Chile, y ocurren entre el año 1979 y el 85. Todos tenemos derecho de hacer lo que se nos da la gana, aunque, insisto, creo que el deber de un narrador es hacer consciente a quienes lo lean de su pertenencia a una comunidad. Más, si esta comunidad no quiere ver lo que es.

-¿Por qué la afirmación de que desde ahora no escribirá más ensayos y sólo hará ficción?

-La ficción me gusta, me da más placer, y siento que en el mundo posmoderno en el que estamos viviendo, la ficción es más significativa, toca a más gente que el ensayo. Y lo que quiere alguien que escribe es que lo lean. Adoro mi ensayo sobre César Vallejo, pero, ¡cuánta gente lee eso! Un jurado universitario, que no quiero nombrar, me dijo sobre ese libro explicando por qué no lo premié: "Bueno, y quién entiende esta cuestión".

-Pero entre una novela y otra, transcurrieron 25 años. ¿Por qué tanto tiempo?

-Sí, por qué perdí el tiempo... Quizás porque escribí mala ficción. Pero creo que lo que me atrofió fue la historia política del país, el hecho de vivir en un régimen que no era designado por la soberanía popular, y el tratamiento castrotrativo que se dio a la cultura en esos años. Yo soy de origen muy popular, humilde, de modo que sentí que era mi lado del país el que estaba siendo afectado. Eso me desconsoló mucho. La ruina de otro proyecto histórico chileno y el cambio por el proyecto neoliberal no es fácil de tragar... por eso me dediqué a escribir ensayos. Ya que no podía escribir ficción, me puse a pensar la realidad.